

GILRAEN EÄRFALAS



NO ME
LLAMES
LOCA

NADIE IMAGINA LA OSCURIDAD QUE SE ESCONDE EN ELLA

 Planeta

GILRAEN EÄRFALAS

NO ME
LLAMES
LOCA

PRÓLOGO



Una canción envuelve la oscura habitación. Un par de pequeñas luces, de distintas máquinas, titilan: rojo, verde, amarillo, casi parece que siguen el compás de la melodía.

El pequeño cuarto simula ser un quirófano, le faltan algunas cosas, sin embargo, puede albergar sin problema cirugías menores, bueno, también mayores, ¿qué más da?

Inhalo con profundidad y exhalo con lentitud, saboreando el aire revuelto con antiséptico, limpiapisos, miedo y traición. Y esos dos últimos ingredientes son los que más se acentúan en mi lengua.

*«Quand il me prend dans ses bras
Il me parle tout bas
Je vois la vie en rose».*

Canto la canción en voz baja, apenas perceptible para mis oídos. Me acomodo el cabello hacia atrás y muevo mi cuello de

izquierda a derecha para tronarlo y destensar los nudos provocados por sus gritos de anoche.

Miro los monitores cardiacos.

Tic... tic... tic...

Hay uno haciendo mucho ruido. Presiono un botón para que deje de sonar, total, ese no es tan importante. El que realmente me interesa es este, el de mi paciente principal. Observo sus signos vitales, frecuencia cardiaca, respiración, oxigenación, temperatura. Ella está estable, sana, muy sana. Qué dicha es gozar de salud. Acercó mi rostro para observarla, aún huele a perfume, notas de cereza oscura. Está dormida, profundamente dormida. Paso mis dedos por su cabello brillante, se le enroscan las puntas, parece una muñeca de porcelana, de esas que no quieres tocar por temor a que se quiebren. Deslizo mi dedo enguantado por su puente nasal. Unos lazos de acero le sujetan la frente, el tórax, la cadera, las manos, las rodillas y los tobillos. Le doy unas agradables palmadas en las mejillas, pero no hay respuesta. Aumento la intensidad, sin infligir dolor. Comienza a cabecear de un lado a otro, pero sigue sin abrir los ojos.

—Espero que sea el mejor de los sueños, después tendrás hasta miedo de parpadear un momento —le susurro al oído con voz dulce. Quiero darle ese ambiente acogedor que ella alguna vez me dio a mí.

«Ojalá que mis palabras te retumben en los oídos».

Abre poco a poco los ojos adormilados. La observo con ternura, con lástima, una mezcla de coraje y satisfacción. Sus labios agrietados se mueven con lentitud.

¿Quién diría que este bello rostro durmiente podría causar

tanto daño? Parece un hada con esa bata blanca que realza sus mejillas sonrosadas.

Le doy otra palmada para acelerar su despertar.

Me siento detrás de su cabeza como anesthesiólogo en pleno acto quirúrgico, el ángel de la guarda que vela esperando tu regreso cósmico del propofol, solo que nadie ha abierto la piel, no todavía.

Ochenta latidos por minuto. Saturación al noventa y nueve por ciento. Me alegra mucho que esté tan viva, eso presagia una muerte muy lenta.

Le doy un trago al café, está tan cargado que sabe a licor.

Me siento tranquila, como una heroína limpiando al mundo, o quizás como la villana, de cualquier manera, siempre lo fui.

—Despierta. —Le abro un párpado con el dedo.

Yo no olvido nada, ningún detalle, se lo dije y aun así cometió muchos errores. Río con satisfacción.

Y la que estaba mal de la cabeza era yo. Un error no te cuesta la vida. Pero repetirlo. Negarlo. Hacerlo mil veces... ahí es donde cavaste tu fosa.

*«C'est toi pour moi
Moi pour toi
Dans la vie
Il me l'a dit, m'a juré
Pour la vie».*

—Cariño... ¿Cómo estás? —le hablo como le hablaría a un bebé.

Había imaginado esta escena tantas veces en la aburrida clase de Metodología de la Investigación. No cabe duda, los sueños se cumplen.

La llamo por su nombre, y sus párpados se abren tan grandes que parece que están a punto de disparar.

Chasqueo la lengua contra el paladar, como lo hacen las madres para calmar el llanto de sus hijos.

Está asustada, muy confundida seguramente, mira hacia arriba con terror. El rostro que alguna vez escupió ahora es su pesadilla y trae puesto el mejor traje quirúrgico rojo de la historia.

—No tengas miedo, estás a salvo. —Me carcajeo, pero pronto recobro la compostura y aclaro la garganta—. ¡Hasta que yo lo decida, claro! —Otra risa se me escapa—. ¿A esto te referías cuando les decías a todos que era rara? Debiste ser más cuidadosa, a una loca no se le llama loca, ¿sabes? Porque pasan estas cosas. —No puedo contener la risa, es más, no debo contenerla, esta es la mejor historia jamás contada.

Sus labios se mueven, está tratando de articular una palabra.

—¿Qué? ¿Qué dices? —Le doy un golpe en la cabeza—. Habla bien, pareces tonta.

Su cuerpo tiembla como si estuviera desnuda en Alaska, lástima que no me nace darle una frazada.

Levanto su camilla hasta que queda semisentada, en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Me pongo delante de ella.

—Abre los ojos, quiero que me mires bien y que hagamos memoria, no quería esperar a que la vida te cobrara. Si el karma existe, siento que se compadece de ustedes o finge demencia y se olvida de los daños irreparables que gente como tú le causa a otros, pero yo no. Todas tus palabras las conté, las anoté, las quemé y volví a escribirlas para nunca olvidar lo mucho que me debes.

Sus labios se mueven, no emite sonido, pero descifro la palabra «*perra*».

—¡Ah! ¿Te rebelas? —Las comisuras de sus ojos se llenan de lágrimas—. ¿Tienes miedo? Pero si el juego apenas empieza. —Le borro una lágrima con un dedo—. Shhh... No llores, todavía no ha comenzado el dolor.

CAPÍTULO 1

DANNIELLE MORGAN BLACKWOOD

*Callar fue lo primero que aprendí.
Y lo único que aún me sale bien.*

—¡*Madame*, por favor! —Tuerzo la manija de izquierda a derecha, una y otra vez. Apenas puedo sentir los dedos, pero uso toda la fuerza que me queda en intentar abrirla—. ¡Por favor! ¡Seré buena! ¡Por favor! —Golpeo la puerta con ambos puños. El metal oxidado ni siquiera responde con una abolladura. Mi boca está tan seca que me arde despegar mi lengua del paladar—. ¡*Madame!* Lo haré, lo haré, no volveré a hacer enojar al señor Freeman, por favor. —Me agacho para gritar por el espacio entre la puerta y el suelo para que me escuche. Mi estómago se retuerce con ira. Cinco días sin agua, cinco días sin leche, cinco días sin pan. Me muerdo la palma con fuerza para arrancarme un pedazo de carne; quiero mojarme la garganta con sangre, aunque sea un poco—. ¡*Madame!*

Mi frente toca el suelo.

«Debí ser buena, debí callarme. ¿Por qué eres tan desobediente, Danielle?».

Me muerdo el labio por dentro. No tengo fuerzas, pero lo

succiono con desesperación. El sabor a hierro me acaricia por un momento.

La puerta rechina al abrirse, y el ruido me hace retroceder. Me quito el cabello de la cara.

¿Se apiadó? Esta vez sí. Esta vez seré buena. Lo haré todo bien.

Me arrastro, las heridas me escuecen; sin querer, abro una que ya estaba cerrándose y un líquido amarillento con olor a aceite sale de ella empapándome el muslo.

Levanto la cabeza y veo a dos hombres tan grandes que sus cabezas casi tocan el techo, llevan trajes oscuros y el rostro cubierto con máscaras de bronce en forma de cerdo. Uno de ellos ajusta un trípode y el otro toma una fotografía. El destello me enceguece.

«No, por favor, no».

Respiro rápido.

Quiero gritar, pero las palabras se enredan con el miedo.

«No llores, no llores, cierra los ojos, ciérralos, no grites, pasará, pasará pronto».

Grito.

El sonido me despierta.

Jadeo. Abro los ojos de golpe y volteo a ambos lados. Está oscuro. Estiro la mano en busca de la lámpara. Toco el botón, y por mi torpeza la derribo. La luz se tambalea desde el suelo.

Me toco el cuerpo en busca de un rastro de dolor, pero no hay nada. Me incorporo de un tirón y quito la cobija para ver mis piernas: están bien, no hay golpes. Exhalo con lentitud y veo a mi alrededor. No hay nadie, estoy sola, a salvo.

Otra vez esos sueños, ¿hasta cuándo se irán? Cada vez que regresan, vuelvo a sentirme sucia, como si todo acabara de suceder. Es como eso que llaman dolor fantasma, pues nadie me está tocando; ya no tengo heridas en las rodillas, mi boca está

húmeda, pero percibo manos sobre mi pecho. Siento que despi-do olor a costra y me apresuro a beber el galón de agua que des-cansa en el piso, por miedo a que me lo quiten mañana.

La tenue luz del amanecer se cuele por la ventana. Miro cómo el cielo se pinta de lavanda y naranja.

«Ya no hay mal, ya no».

Tengo que recordarlo. Fue un sueño.

Un sueño.

Apago la alarma antes de que suene. Una gota resbala por mi labio, me toco con los dedos y veo el líquido rojo. Sangre. Me mordí estando dormida. El sabor metálico me revuelve el estó-mago, pero mantengo la calma.

Todo está bien.

Me levanto para ir al baño.

Lavo mi boca, escupo la sangre en un hilillo y miro la herida que me hice, no fue grave, se disimula.

En la cocina, saco un mango de la bolsa del súper que no de-sembaqué. Conseguí tres por menos de diez pesos. Me obligo a saborear cada pedazo, con la intención de mantenerme presente.

Me pongo mi uniforme: pantalón, camisa, zapatos y bata blanca. Me recojo el cabello en una trenza que me cae hasta los omóplatos y dejo unos mechones sobre el rostro.

Todos los días trato de despertarme muy temprano para ir caminando a la facultad y apreciar cómo va saliendo el sol entre las montañas. Me hago aproximadamente cuarenta minutos en llegar, casi nada; me ahorro lo del pasaje para comprar alguna otra fruta rara. La semana pasada vi algo en forma de planta carnívora, color rosa fuerte, por dentro era blanca con puntitos negros; he olvidado su nombre, pero será mi próxima adquisi-ción. Es un poco más cara que el mango, pero si me regreso ca-minando es seguro que reuniré el dinero.

Ya alcanzo a ver los edificios de la Facultad de Medicina. Ithil.

Fue bautizada en honor al doctor Ithil: médico, poeta y muralista. Vivió en una época en la que compartir conocimiento era un acto de herejía que podía costarte la vida. Pero él convirtió la ciencia en arte: escribía versos que hablaban de pulmones, creó cuentos que explicaban el sistema circulatorio e hizo pinturas que escondían órganos bajo galaxias. Así formó a sus discípulos sin que la Inquisición pudiera callarlo.

Tiene bien merecido que lo sigamos nombrando.

Llevo casi un año caminando por los pasillos de la facultad, y aún siento que es lo más parecido al cielo: blanco. Todo blanco. Uniformes, pisos, paredes, mesas, bancos.

Es lunes, el día más cargado. Los profesores llegan irritables, dejan tareas imposibles. Mañana nos llamarán irresponsables. Dirán que en sus tiempos hacían el triple. Que trabajaban, criaban hijos, atendían pacientes y esposas, y aún les sobraba tiempo para leer a Kafka. Yo he hecho cálculos. El día siempre ha tenido veinticuatro horas. Así que lo dudo.

En la hora libre saco el libro que me regaló el doctor Cadwell, es una de sus formas amables de ayudarme a conocer el mundo. Se titula *Romeo y Julieta*, que, por cierto, ayer escuché en el camión que está en el cine. No he investigado muy bien qué es un cine, pero se parece a una televisión enorme. ¿O eso era el teatro? No, el cine. Sí.

—Oye, te aviso que se suspendió la clase. —Una voz femenina me saca de mis pensamientos, alzo la vista—. Te llamas Dannielle, ¿verdad?

Asiento.

—Soy Pralina. —Me tiende la mano—. Creo que nunca habíamos tenido la oportunidad de hablar, siempre que te miro estás leyendo. ¿Te gusta estar sola?

—Sí, bueno, quiero decir, no. Un poco. —Sacudo la cabeza apenada.

Guardo el libro con torpeza y me cuelgo la mochila al hombro. Me esfuerzo por brindar un gesto amable antes de seguir mi camino, pero Pralina me llama de nuevo.

—Danny. —Me detiene—. ¿Quieres ir a la cafetería? —Sonríe.

—Cafetería.

—Sí, a comer algo, ¿vienes? Allá están Sam y Candy, sabes quiénes son, ¿no? También están en la clase de Neuro.

—Sí, sé quiénes son.

Levanta las cejas esperando mi respuesta.

¿Quiero ir con ellas?

Saco mi teléfono para ver la hora, ya pasan de las seis.

—Oh, vamos. —Me entrelaza su brazo sin esperar mi respuesta—. No mordemos... bueno, algunas veces.

En el trayecto del domo a la cafetería, muchos profesores la saludan. Creo recordar que el primer día mencionó que su papá es el director del Hospital Vincent Warren, el más importante de la región. Quizá por eso todos la tratan con esa mezcla de respeto y familiaridad. Es el hospital más importante de Hamleïn debido a sus servicios de atención al paciente, docencia e investigación.

No puedo evitar mirar a Pralina, es muy hermosa, tiene el cabello ondulado, dorado y largo, casi hasta las caderas. Su olor a frutos rojos me envuelve la cara.

Camina tan segura que me hace sentir que mis pasos se tuercen.

Me comienza a platicar de su proyecto para el concurso de Anatomía. Cada año, en el aniversario de la universidad, festejan con un festival de Arte y Medicina, en donde los alumnos escogen un tema y lo representan, ya sea en pintura, cartel, poesía, teatro o escultura; es de libre elección.

—Junto con Sam estamos armando una maqueta interactiva sobre la hipoacusia en recién nacidos —explica—. Va a tener sensores, luces, incluso una interfaz que distorsiona el sonido,

para que los visitantes experimenten cómo oye un bebé con pérdida auditiva.

Habla mientras sus manos dibujan en el aire lo que todavía no existe. Sus uñas largas y rojas le aportan elegancia. Su charla es como una coreografía delicada.

La observo en silencio. Analizo sus gestos, tratando de aprender e imitar su entusiasmo.

Mi pecho se acelera. Temo que de pronto se quede callada, que la conversación vuelva hacia mí y no sepa sostenerla.

Ella sigue hablando con emoción; menciona que su padre le está ayudando a contactar a un equipo de otorrinolaringología para validar parte del proyecto y que incluso le sugirió vincularlo con su futura tesis.

—¿Y tú? ¿Qué harás? —pregunta finalmente.

—No estoy segura, estaba planeando hacer una pintura sobre el cuerpo humano.

—¿Tú sola?

Asiento.

Ella aparta la mirada, como si buscara algo interesante en los almendros.

Me da la impresión de que mi respuesta no fue lo suficientemente interesante.

—¿Así eres siempre? —pregunta.

—Supongo.

El silencio se hace otra vez.

Maldita sea, Dannielle, podrías haber dicho algo, lo que sea. Una frase completa.

Llegamos a la mesa de la cafetería, ahí están Samantha y Candy, al vernos sonrían y mueven sus cosas para hacernos espacio. Me esfuerzo por no mostrar mi torpeza y levanto una mano, saludándolas con una sonrisa nerviosa.

—Soy Dannielle —digo, sin saber bien si eso hace falta.

—Encantada —dice Sam, enroscándose con el dedo un mechón de su cabello rojo.

—¿Gustas? —Candy me ofrece una galleta y la tomo; la verdad me estoy muriendo de hambre.

Las escucho conversar, pero no entiendo nada, hablan de un concierto, después de una actriz que se hizo su quinta cirugía estética y quedó mal, después de maquillaje, luego de una fiesta y de un chico del sexto semestre que se metió con la encargada del laboratorio a pesar de ser veinte años mayor que él y estar casada. Después Samantha cuenta que es la última vez que finge un orgasmo para evitar herir susceptibilidades.

Mis ojos se mueven como un gato persiguiendo una pluma. No entiendo bien el juego.

—Creo que todas hemos fingido —dice Sam—, ¿o tú qué dices, Dannielle?

—¿Fingir qué? —Me perdí.

—Un orgasmo, ¿los has fingido? —Sam me mira sonriendo.

—A mí me han tocado puros precoces —comenta Pralina—, es mi maldición.

—Yo creo que tanta pornografía los vuelve precoces —tercia Candy, desliza sus lentes sobre su cabeza y se echa el cabello hacia atrás.

Las cámaras me apuntan, los dos hombres con máscaras me acomodan en medio de una cama con sábanas rojas y me indican que debo acariciarme las piernas.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos, intento no derramarlas. Fracaso.

Uno de ellos se da cuenta y me abofetea porque estropearé su video, el otro le dice que las lágrimas podrán darle valor agregado.

—El dolor vende —menciona.

Un zumbido me atraviesa el cráneo. La vista se me desenfoca, parpadeo varias veces.

Una gota de sudor frío se desliza por mi espalda.

—Dannielle, ¿todo bien? —Pralina voltea su rostro hacia mí.

Me doy cuenta de que mis dedos sobre la mesa tiemblan.

—Perdón, me duele un poco la cabeza, creo que debo irme.

—Me levanto de mi silla, meto una de mis manos empuñada en el bolsillo de mi bata. Me siento enojada, airada y frustrada conmigo.

—¿Quieres una pastilla? Traigo ibuprofeno. —Candy agita el frasco sobre mi mano y me obsequia tres.

—Te lo agradezco. —Guardo las pastillas como si me hubieran dado un recuerdo.

Aprieto la correa de la mochila contra mi pecho.

El dolor en las sienes me está matando, y viene acompañado de rabia.

La estaba pasando bien, aunque no entendiera nada, aunque no aportara a su charla; por un momento, era una mujer de veintitún años y no una niña enjaulada en su cuerpo.

No puedo caminar más.

Tomo el transporte.

Al llegar a casa, doy un portazo.

Lanzo mis cosas al sillón deshilachado.

En el baño me mojo la cara. Veo en el botiquín los frascos de mi tratamiento, alineados como soldados obedientes, inútiles. Los vacío en el inodoro.

Se supone que deberían ayudarme, eso dijo Cadwell, sin embargo, no hacen nada más que provocar que me tiemble la mandíbula y las piernas.

Jalo la palanca.

Recargo mi cabeza en los azulejos. El sonido de mi respiración es todo lo que escucho.

Observo las cuarteaduras que atraviesan la regadera, preguntándome cuánto resistirán antes de colapsar. Como yo, como todo.

Ojalá lo hicieran ya.

Ojalá suceda esta noche.

«Esta es tu vida».

Aprieto mis ojos, quiero olvidar, quiero olvidar, por favor,
solo quiero olvidar.